

Moya, Carlos J.: *The philosophy of action. An introduction*, Polity Press & Blackwell, Cambridge, 1990, 189 págs.

La Teoría de la Acción se ha convertido en la actualidad en tema central de la filosofía de la mente del que dependen en buena parte no sólo la antropología sino también otras disciplinas como la sociología, la psicología y las ciencias políticas. Moya ha querido poner en este breve libro las principales implicaciones y problemas que han surgido en el desarrollo de esta teoría dentro de la tónica analítica a un nivel más sencillo, evitando la aparición de tecnicismos, asequible a cualquier estudiante con preocupación filosófica. Pero el carácter expositivo de la obra no impide el anonimato del autor: el relato está guiado por el intento de aportar una aclaración.

"La ordinaria creencia en nuestra libertad como agentes es fuerte, mucho más fuerte, que lo que algunas tendencias naturalísticas y científicas parecen suponer hoy día". Moya adopta este punto de partida –la intuición precientífica en nuestra condición de agentes libres– para entroncar el tópico del que parte la teoría de la acción: la diferenciación entre acción humana y acontecimiento físico. Ahora bien si debemos tomar la ciencia moderna en serio aparece el contraste consabido desde la fundamentación kantiana de ciencia. Desde esta perspectiva, la acción humana toma una forma sospechosamente reducida a una clase especial de acontecimientos, haciéndose incompatible con aquella primera intuición. La postulación de la "acción básica" y el resurgimiento de las teorías volitivas en la actualidad responden a un intento de dar solución dentro del marco científicista.

Moya propone un método que evitaría en un principio estos seudoproblemas: la consideración de acciones significativas de comportamiento que no envuelven necesariamente acontecimientos físicos, como casarse o votar. Desde este punto de vista la acción se carga de un contenido cuyo espectro permite acceder a las características específicas de la intencionalidad del agente alejado de prejuicios fisicistas. La naturaleza de la acción intencional la hereda el autor –tal como confiesa– de E. Anscombe y D. Davidson, pero propone una rectificación a este último de extraordinaria agudeza.

Para introducir el otro gran propósito de la obra –la explicación de la acción– se critica la doctrina de P.M. Churchland denunciando el modelo de causa humeana como modo de explicación de la intencionalidad. En esta misma línea se provee al lector un acercamiento a las implicaciones del artículo davidsoniano *Actions, Reasons and Causes* (1963) dentro de la tradición analítica y se discute el papel del deseo y la tendencia en la explicación de la intencionalidad. La tradición hermenéutica asoma también en este marco: el concepto científico de causa se muestra insuficiente para acoger las relaciones envueltas en la acción intencional.

La tensión entre nuestro concepto ordinario de libertad y la perspectiva científica del mundo podría aliviarse atendiendo a las notas específicas de la intencionalidad: su intrínseca normatividad, el necesario compromiso del sujeto y por tanto el punto de vista subjetivo inherente a toda descripción de acciones libres. Desde aquí se apunta a una solución al problema ya clásico en la historia de la filosofía determinismo-libertad.

Si, según señala el autor, enfrentarse con un problema profundo no es darle un solución acabada ni definitiva, sino introducirla a discusión para su progreso, hay que señalar a su favor que este libro constituye un buen ejemplo de diálogo filosófico. Un libro que demuestra sobradamente que un estudio introductorio no está reñido con la profundidad, y en donde el sentido común no tiene por qué suponer un planteamiento superficial.

Pablo Arnau

Putnam, Hilary: *Representación y realidad*, Gedisa, Barcelona, 1990, 206 págs.

Hilary Putnam se defiende, en la punzante crítica que es *Representación y realidad*, de aquellos que ven en la honesta evolución intelectual una traición a compromisos doctrinales adquiridos. El origen de este encomio a la renovación teórica procede de la propia situación: el abandono del funcionalismo por él, uno de sus primeros postuladores desde los años sesenta. En efecto, tras el comienzo de la doctrina estándar, el funcionalismo "fuerte" de tabla de máquina ("Mentes y máquinas", 1960), pasando por la teoría de la descripción psicológica, el funcionalismo "débil" de la psicología *folk* ("Filosofía y nuestra vida mental", 1973), desemboca ahora, al cabo de los años, en un programa crítico, a modo de mera *pars destruens*, donde expone las razones por las que a su parecer "el funcionalismo no funcionó".

En un aspecto, H. Putnam es una más de las voces que en los últimos tiempos se ha levantado contra la empresa titánica del cognitivismo, que, apoyado en buena medida en las tesis funcionalistas, amenazaba con polarizar las especulaciones sobre lo mental. Ahora bien, a diferencia de las soluciones biológicas de Searle o el ecologismo de Gibson, Putnam mantiene la especificidad del punto de vista lógico en el tratamiento de la naturaleza de los estados mentales. No es extraño que encuentre en la semántica teórica los resortes de sus argumentaciones, haciendo uso del mismo utillaje que en su momento le permitió adscribirse al funcionalismo: "me propongo demostrar que los argumentos a favor de la concepción computacional, esto es, los mismos argumentos que yo solía esgrimir para demostrar que es incorrecto identificar los estados mentales con estados fisicoquímicos, pueden generalizarse y extenderse de modo que resulte también incorrecta la identificación directa de estados mentales con estados funcionales..." (p.15).

El objeto principal de análisis en *Representación y realidad* es la obra de Jerry Fodor, esencialmente *El lenguaje del pensamiento* y *La modularidad de la mente*, donde el científico del MIT postula la existencia de un código lingüístico, el "mentales".

Javier Vidal